



CAPÍTULO VIII

Dos hombres de su tiempo

EL señor Ocampo se levantaba á las seis en punto, y después de jabonarse y fregotarse empezaba á trabajar hasta que la campana le llamaba á las doce al almuerzo en común. En el resto de la tarde la pieza de Ocampo era el lugar de cita de toda la gente liberal.

Allí iba Prieto, joven, animoso y entero como nunca lo estuvo; allí se encontraba La Llave, callado y meditabundo, pero con la mente siempre fértil en planes favorables á nuestra causa; allí veíamos á Gutiérrez Zamora; allí peroraba Fuente; allí acudía Ruiz, endeblucho y raquí-tico hasta causar compasión, pero con su inacabable fibra de siempre; allí se veía á Guzmán, á Ramírez, al general Iglesias, á Mejía, á Arizpe, á Serna y á veinte más que se

me barajan en el entendimiento porque todos tenían un distintivo: «valor» y una característica: «entusiasmo».

El señor Ocampo era fino, bien criado y de modales exquisitos. Como todos los que han recibido el contagio de la puntillosa burguesía francesa, extremaba la ingénita urbanidad mexicana, que vive de ceremonias y *caravanas*, y á todo el mundo oía y atendía con cariño. *Mi señor, mi señora*, eran los títulos que daba á las gentes.

Ramírez, *El Nigromante*, era lo contrario: grave, austero, retraído, excéntrico y hasta tímido, solía ocultar adrede su grandísimo mérito y su enorme talento.

Claro era que dos hombres tan opuestos tenían, si no que chocar, sí que estar en constante contradicción. El uno, negativista furibundo, enemigo de todas las instituciones y transigiendo apenas con las más avanzadas; el otro, creyente sincero y convencido en la grandeza de la humanidad, en la gloria de la humanidad y en el culto de la humanidad; el uno, sarcástico, cruel, duro é inexorable, pulverizando con una frase una serie de argumentos y hasta un edificio lógico; el otro, natural, franco, abierto á todos los ideales de verdad, justicia y bondad de que sentía hambre y sed su alma sincera; el uno, afirmando todo con la fe de los girondinos; el otro, demoliéndolo todo con la risa de Voltaire; el uno, naturalista y hombre de ciencia; el otro, metafísico y literato; el uno, adorando la verdad sin afeites y sin vestiduras; el otro, adorando la

fuerza soberbia de la forma... Ni siquiera en lo físico tenían parecido ninguno: Ocampo, criado al aire libre, dedicado á rudos ejercicios de rancho, saludable, entero y vigoroso; Ramírez, metido en el cuarto de estudio, sorteando con paciencia admirable los embates de la miseria; por eso don Ignacio era flacucho y con aspecto de mala salud, y su compañero grueso, de pecho levantado y mirada brillante. Un día, á la hora en que se encontraban en el cuarto unos cuantos de los tertuliantes ordinarios, Ocampo dijo á Ramírez:

— Ya sé, Nacho, que anoche obtuviste un triunfo en casa del Doctor Verendt, y que te aclamaron, desde los chiquillos hasta los viejos, por tu talento y tu facundia... ¡Que sea enhorabuena!

— Este farsante (por Prieto), respondió Ramírez, se empeñó en llevarme á esa casa, donde según parece querían conocerme como á animal raro. Fuí, en efecto; pero como me limitaba, como lo hace toda persona bien educada, á hablarles á las señoras de modas y guisos, á los hombres de negocios y cambios, y á los viejos de las importantes relaciones que existen entre el catarro caído al pecho y los sorbetorios de poleo, parece que no caí bien... Creo que aguardaban de mí alguna oda pindárica, alguna canción herreriana ó por lo menos algún discursito de diez y seis de Septiembre... Decididamente, cuando uno se propone meterse á buen vivir y volverse tan imbécil como el

más imbécil de sus distinguidos conciudadanos, nadie se lo quiere consentir. Es la consecuencia de una vida de desprecio á las sacratísimas fórmulas sociales: como al borracho ó al ladrón no se les cree la enmienda, tampoco se le cree al que una vez ha dado muestra de tener sentido común... Pues señor, que anoche me encontré la casa llena de gente desocupada y danzarina: los muchachos corrían de aquí para allá; los jóvenes bailaban y se enamoraban; los viejos aplaudían y echaban calendarios en los balcones y ventanas, y nadie se ocupaba de mí ni me hacía caso... Llego en esto al lado de un anciano tosegoso, barba triste y ojos ribeteados de encarnado, que miraba todo aquel barullo desde una silla distante... Pegamos la hebra, y de noticia en noticia llegó mi amigo á preguntarme si conocía el Estado de Veracruz... Le contesté como quien sabe lo que trae entre manos, y á poco ví que todos estaban pendientes de mí, que los muchachos habían suspendido sus carreras y sus juegos, que los pollos y pollas habían dejado de bailar, los hombres de comunicarse proyectos, los viejos de hacer reminiscencias, y que me rodeaban escuchando mi charla... Yo me avergoncé; pero no había remedio: todas aquellas gentes habían comenzado á aplaudirme... y hoy, *al fin la sangre estira*, mis paisanos alemanes me han mandado la mar de regalos...

Don Melchor rió satisfecho y exclamó:

— No hay duda que en nuestra sociedad existe un

germen innato de honradez y de buen sentido. Esos aplausos al talento, esas muestras de cariño al hombre sabio y justo, demuestran...

— No demuestran sino la vanidad burguesa; esas gentes habían oído hablar de mí como de un hombre extraordinario; vino el desengaño cuando vieron que no me daba la gana de exhibirme é irles á servir de espectáculo en sus fiestas; después, cuando se convencieron de que yo no era un idiota, y de que habían tenido razón en llamarme, se sintieron satisfechos... Los aplausos, pues, no eran al *Nigromante*; eran á la culta y distinguida sociedad que le albergaba, y que se convencía una vez más de su grandísima sabiduría.

— Parece mentira, Nacho, que sutilices tanto para sostener cosas tan desconsoladoras y por fortuna tan falsas... Negar que el hombre es naturalmente sensible, dulce, afectuoso, capaz de conmoverse por los beneficios y dispuesto á reconocerlos, susceptible de enternecerse á la menor muestra de interés, é impresionable por todas las delicadezas, es negar la razón misma. ¿No ves esto tan claro como la luz meridiana?

— Yo lo veo con claridades como de las diez y cuarto de la mañana... Esos hombres sensibles, justos, benéficos, honrados, incapaces de decir una mentira ni de robarse un pañuelo, sólo existen en imaginaciones visionarias como la tuya...

—¿Así es que no cuentas, interrumpía don Melchor, con las virtudes morales de los hombres?

—Yo cuento con su incurable picardía... Tú y los que piensan como tú, creen que el mundo es un idilio de Gessner, y que con un airecillo de flauta van á volver á los dominios de la naturaleza y de la razón á todos cuantos ahora se dedican á matar y á robar.

—Claro que contamos con la bondad innata en la naturaleza humana; pero también contamos con la fuerza de un buen gobierno...

—Ta, ta, ta; ya pareció aquello. ¿Conque un buen gobierno? Si todos los gobiernos son peores, como que son un mal en principio... Acuérdate de lo que ha dicho nuestro maestro el ginebrino: no hay ni puede haber ley ninguna que obligue al pueblo todo, ni siquiera el contrato social... Sólo por la usurpación y la mentira pueden llamarse representantes de un pueblo un príncipe, una asamblea ó una reunión de magistrados... La soberanía no puede ser representada, por lo mismo que no puede enajenarse... Desde el momento en que un pueblo se da representantes, ya no es libre, ya no existe... Ley que no ratifica el pueblo, no es tal ley...

—Y yo, repuso el señor Ocampo, te he hallado en contradicción. Si no crees en los gobiernos, ni en la eficacia de la función legislativa, ni en nada, en fin, ¿cómo estás predicando todo el día y á todas las horas, la necesidad de

expedir leyes contra el clero y contra los detentadores de la propiedad?

—Porque el clero es el enemigo común; hay que hacerle la guerra por todos los medios, los buenos y los malos, los legítimos y los ilegítimos... Si se trata de acabar con él, me uniré contigo, y ocurriré al arsenal de tus leyes, me juntaré con Rojas y aceptaré sus teas incendiarias, iré con Pueblita y le pediré sus facinerosos... *¡Ecrasons l'infame!*, digamos con Voltaire; aplastemos esa hidra de mil cabezas, pulvericémosla y aventemos el polvo que de ella reste...

—Y sin embargo, dijo don Melchor, la religión es condición necesaria de las sociedades; una agrupación humana que no mira arder en su hogar, junto á la piedra que le recuerda á sus antepasados, la lámpara que le recuerda á sus dioses, es una agrupación de bárbaros, una horda salvaje, y sin vida civilizada posible... Lo malo es el abuso, la simonía so pretexto del sustento del sacerdote; la opresión del humilde so pretexto de sumisión al dogma; la expoliación y la ignorancia del infeliz so pretexto de la alteza de lo que se enseña... En cambio, luego que estas leyes se expidan, verás renacer todo, prosperar todo: el clero en su lugar, el Estado en su sitio, las conciencias apaciguadas, la libertad triunfante y yo pudiendo volverme á mis *dulcia, dulcissima arva*, que he dejado por servir á mi patria...

—¡Ah, Melchor! ¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza!...

Todo el mundo escuchaba embelesado aquello, cuando entró á la estancia un hombre alto, rubio, entrecano, rala la patilla, la papada acentuada, azules los ojos y la mirada inquieta.

—¡Eh, filósofos! dejen sus librotos; hablemos de cosas agradables, que á la hora de ésta el café del Alba está que se viene abajo hablándose de esas Leyes que diz que vamos á echar.

—¡Oh, Manuel Gutiérrez Zamora! exclamó el *Nigromante*; ¡tú sí que estás gracioso! Te enfada que Ocampo y yo discutamos nuestras cosas, y tú te traes como tema alegre las famosas leyes!

— Dicen, alguien refirió, que don Manuel y el señor Ocampo son los autores de las Leyes que todavía nadie conoce; que el señor Juárez se rehusaba á romper claramente con la clerigalla, pero que ustedes, llamándole un día á capítulo, le dijeron: «ó de una vez te resuelves á embarcarte, ó te plantamos fuera del puerto.»

—¡Oh, Veracruz, Veracruz! dijo Ramírez, nido de provincialistas; ¿no te basta con el honor de que en tu suelo heroico se expidan esas Leyes que confiesas no conocer, sino que también pretendes que sean tus hombres quienes las hagan y las sugieran?

— El bellaco que cuente esa tontería, exclamó en esta

sazón Zamora, con el cuello y el rostro congestionados, es un estúpido que merece le plante mis cinco dedos en su inmunda cara. Juárez es el único autor de esas Leyes salvadoras.

— Tan falsa es esa conseja de nuestra violencia, que las Leyes se habrían expedido en Guadalajara, hace más de un año, si no lo hubiera estorbado el pronunciamiento de Landa. Si se ha retardado la cosa, es por el deseo de expedir las Leyes y sus reglamentos, dejando completo y sin lugar á dudas ni á interpretaciones esto, que viene á ser la base de nuestra nueva nacionalidad, confirmó Ocampo.

— Y si alguien es el autor, indicó Prieto, no de la idea de las leyes, sino de la oportunidad de la expedición, es Pancho Zarco, que desde 1856 había dicho: «La experiencia ha demostrado que cuando se trata de llevar á cabo útiles reformas, es menester no retroceder, ni quedarse á la mitad del camino... El progreso excesivamente lento y gradual, es un error de funestas trascendencias. Los mismos esfuerzos hará la reacción contra un amago que contra un golpe certero, y si se comienza por dejarla desarmada, será impotente para promover nuevos desórdenes... La ley de desamortización ha merecido general aplauso, no sólo por su mérito intrínseco, cuanto por ser considerada como el principio de grandes reformas... Hay que decretar el registro civil y facilitar el arreglo de las obvenciones parroquiales. Una vez emprendido este ca-

mino, las circunstancias indicarán otras medidas y podrá consumarse la revolución social que el país espera desde que se lanzó á conquistar su independencia... Contra la ley Juárez estalló la reacción en Puebla, acaudillada por don Antonio de Haro; contra la ley Lerdo estalló el movimiento de Orihuela. Si estas dos leyes se hubieran dado al mismo tiempo, aun cuando fueran mucho más avanzadas de lo que son, habrían producido un solo conflicto en lugar de dos...»

Entretanto paseaba por el corredor, con las manos á la espalda y el andar mesurado, parándose á ratos como para escuchar el *demonio* interior que le aconsejaba todas sus acciones, un hombre vestido de negro, de cutis moreno, de apariencia sencilla, que tenía el aspecto de un dios que meditaba si habría que lanzar el rayo contra el tronco carcomido y enteco que impedía la salida de los brotes nuevos, que apuntaban pujantes y briosos. Al mirarle se sentía el estremecimiento misterioso que se debe de sentir cuando se tropieza con una enorme fuerza de la naturaleza ó con una enorme fuerza psíquica. Era JUÁREZ, el carácter más entero de México y el autor de la Reforma.



CAPÍTULO IX

Hidalguía mexicana y nobleza española

MAñana aquella se aguardaban grandes novedades en la casa de Puerta Merced. Se lavaba el mármol de los pisos, se sacudían los muebles, se abrían balcones y ventanas, y la feroz Petrona, la negra que había regañado á Juárez, repartía pescozones á diestro y siniestro.

¿No he contado eso de la regañada á don Benito?

Pues aquí va, tal como me la refirió Fidel.

Entró el Gobierno constitucional á Veracruz una noche de Mayo, en medio del entusiasmo de aquel grande y generoso pueblo. Las muchachas arrojaban flores desde los balcones, los hombres gritaban vivas en las bocacalles, y una multitud entusiasta y delirante seguía al cortejo... Llegó la comitiva á la casa que de antemano se había